

La deuda orientalista: el marxismo y la cuestión colonial

Ricardo Roque Baldovinos*

En la actualidad, el pensamiento de Karl Marx sigue siendo uno de los referentes teóricos más importantes para comprender la modernidad como el proceso histórico que explica el mundo de hoy. Sin embargo, muchos de sus supuestos colonialistas han sido denunciados por algunos de los pensadores llamados “pos-coloniales”, como Edward Said, Gayatri Spivak, Aníbal Quijano o Walter Mignolo. Desde la óptica de la crítica poscolonial, la modernidad y el colonialismo son procesos simultáneos y concomitantes. Así, se critica a Marx por compartir la ilusión de que la modernidad es un proceso endógeno a Europa y que desde allí se expande al resto del globo por obra y gracia de la difusión de los ideales de la Ilustración. En realidad, la modernidad no se entiende sin la expansión atlántica de las potencias europeas y, como demuestra Enrique Dussel, sin la recomposición del imaginario geopolítico mundial que este proceso implicó. La modernidad no se irradia de un centro a su periferia, sino que supone desde el principio un centro y una periferia, así como otras inclusiones y exclusiones¹.

Al situar nuestro lugar de reflexión sobre la historia en América Latina, no debemos, pues, abrigar la ilusión consoladora de que hemos llegado tarde al mundo moderno. En realidad, estuvimos en él desde sus comienzos. En este sentido, ¿qué nos permiten entrever Marx y la tradición marxista de la condición colonial como elemento consustancial de nuestra realidad? Me temo que muy poco. La filosofía de la historia que sustentan Marx y sus seguidores es decididamente eurocéntrica. Su explicación de las realidades coloniales, como

* Jefe del Departamento de Letras, Comunicación y Periodismo, UCA. Correo electrónico: roque@comper.uca.edu.sv.

1. Dussel, E., 1492. *El encubrimiento del Otro. Hacia el origen del “mito de la Modernidad”*, La Paz: Plural Editores, 1994.

las de la India o Latinoamérica está marcada por prejuicios orientalistas, teñidos de racismo, muy propios de su tiempo. Estos prejuicios son un lastre para el pensamiento de Marx, sus seguidores más cercanos y, especialmente, sus continuadores latinoamericanos más brillantes, aquellos que intentan comprender las dinámicas históricas propias de la periferia del capitalismo.

En la presente reflexión, discutiremos los aspectos más problemáticos de la comprensión marxista de la realidad colonial en tres momentos. En primer lugar, en los escritos de Marx donde se aborda la cuestión colonial. En un segundo momento, en la invención de la categoría “modo de producción asiático” por obra de los seguidores de Marx, para quienes resulta un concepto comodín cuya verdadera función es la de contener el potencial disruptivo que otras dinámicas históricas plantean al historicismo eurocéntrico. Finalmente, veremos los problemas que esos problemas plantean a un historiador centroamericano de tradición marxista, el guatemalteco Severo Martínez Peláez, y sus dificultades para dar cuenta de la realidad del indígena en su estudio *La patria del criollo*.

1. El colonialismo en el pensamiento de Marx

Las relaciones comerciales entre Inglaterra y la India, así como la polémica alrededor de la dominación de ese país por el primero, atrajeron la atención de Karl Marx y Friedrich Engels, y dieron origen a una serie de artículos publicados en 1853 en el *New York Daily Times*, antes de la publicación de las obras más capitales de Marx². En esos artículos se exploran varias cuestiones; entre ellas, la importancia que tienen las relaciones coloniales en la acumulación de capital para la metrópolis, y el carácter brutal y desnudo de la dominación y el pillaje de la colonización inglesa sobre sus dominios. Pero sobre todo interesa al joven

Marx el impacto devastador de las nuevas fuerzas productivas (la industria textil y la locomoción ferroviaria) sobre el tejido social de la India, especialmente sobre su unidad social básica: la villa, articulación comunal entre agricultura y artesanía que ha sido el sostén histórico del régimen socioeconómico indio, según Marx.

En todos estos aspectos, Marx demuestra tener una información actualizada y minuciosa sobre la situación económica y política de la región, y una gran lucidez sobre el impacto destructor del capitalismo en las sociedades tradicionales. Sin embargo, la valoración que hace de esto es bastante sorprendente. En última instancia, Marx saluda la empresa colonial como algo positivo, pese a sus enormes costos humanos. No lo puede decir de forma más categórica al concluir que “Inglaterra tiene que cumplir en la India una doble misión: una destructora, la otra regeneradora, la aniquilación de la vieja sociedad asiática y la colocación de los fundamentos de la sociedad occidental en Asia”³.

Según Marx, el rol positivo del colonialismo inglés se explicaría por dos razones. En primer lugar, vendría a desarticular un orden social decadente, injusto y que en sí mismo no tiene la energía ni la potencialidad necesaria para transformarse. En segundo lugar, el capitalismo y la tecnología posibilitarán el surgimiento de fuerzas progresivas en la India, capaces de realizar la misión histórica de la revolución mundial.

Tras estas conclusiones se traslucen dos supuestos del marxismo que hoy nos resultan cuestionables. En primer lugar, el ampliamente señalado historicismo que Marx hereda de Hegel, es decir, el finalismo histórico de Marx, la lectura de la historia mundial desde un *telos* revolucionario eurocéntrico. Pero menos señalado es el segundo supuesto: una serie de prejuicios consonantes con lo que Edward

2. Ver la compilación Marx, K. y Engels, F., *Sobre el colonialismo*, Córdoba, Argentina: Cuadernos de Pasado y Presente, 1973.

3. “La dominación británica en la India”. En Marx, K. y Engels, F., *op. cit.*, p. 7.

Said ha denominado el “orientalismo”⁴. El más obvio prejuicio orientalista en el joven Marx es la idea de que las sociedades orientales están estancadas en el tiempo, como lo revelan estas dos citas: “Esa vida sin dignidad, estática y vegetativa, que era esa forma pasiva de existencia”⁵; “Por importantes que hubiesen sido los cambios políticos experimentados en el pasado por la India, sus condiciones sociales permanecieron intactas desde los tiempos más remotos”⁶.

Estos prejuicios revelan el horizonte común eurocéntrico que la filosofía de la historia de Marx comparte con las ideologías colonialistas de su tiempo. El supuesto que comparten es la noción de que la historia tiene un sentido único que se corresponde con el liderazgo de Europa en el progreso, frente al estancamiento o barbarie de las otras experiencias civilizatorias o culturales de la humanidad.

En lo que se refiere a América Latina, hay que aclarar que ésta ocupó un lugar relativamente marginal en el corpus polémico de Marx, pero en los pocos artículos que escribió al respecto se detecta también una seria dificultad para entender los procesos históricos de otras regiones del mundo. A título quizá de anécdota, debemos mencionar su artículo sobre Bolívar, escrito para *The New American Cyclopedia* en enero de 1858. En ese texto se lee el siguiente pasaje, donde Marx cita, sin tomar distancia alguna, el “retrato” del héroe suramericano que nos ofrece un tal Deoudray-Holstein⁷:

‘Simón Bolívar mide cinco pies y cuatro pulgadas de estatura, su rostro es enjuto, de mejilla hundidas, y su tez pardusca y livida; los ojos, ni grandes ni pequeños, se hunden profundamente en las órbitas; su cabello es ralo. El bigote le da

un aspecto sombrío y feroz, particularmente cuando se irrita. Todo su cuerpo es flaco y descarnado. Su aspecto es el de un hombre de 65 años. Al caminar agita incesantemente los brazos. No puede andar mucho a pie y se fatiga pronto. Le agrada tenderse o sentarse en la hamaca. Tiene frecuentes y súbitos arrebatos de ira, y entonces se pone como loco, se arroja en la hamaca y se desata en improperios y maldiciones contra cuantos le rodean. Le gusta preferir sarcasmos contra los ausentes, no lee más que literatura francesa de carácter liviano, es un jinete consumado y baila vales con pasión. Le agrada oírse hablar, y pronunciar brindis le deleita. En la adversidad, y cuando está privado de ayuda exterior, resulta completamente exento de pasiones y arranques temperamentales. Entonces se vuelve apacible, paciente, afable y hasta humilde. Oculta magistralmente sus defectos bajo la urbanidad de un hombre educado en el llamado *beau monde*, posee un talento casi asiático para el disimulo y conoce mucho mejor a los hombres que la mayor parte de sus compatriotas’.

Según la jerga de moda a finales del XIX, algunas décadas antes de la publicación de este artículo de Marx, Bolívar habría sido un “histérico”. Pero también es un retrato “asiático”, es decir, orientalista. En este artículo biográfico, Bolívar se presenta como el síntoma de una región voluble y sin identidad propia, como un político aficionado, inestable, indeciso y cobarde. En resumen, para Marx, Bolívar es expresión de una mentalidad regresiva (feudalizante), incapaz de realizar la misión histórica que se le presentó. Marx hace eco en estas líneas de la visión claramente despectiva que tiene Hegel, en sus *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, sobre esta región del mundo, inestable e inmadura en su misma constitución geográfica.

4. Said, E., *Orientalismo*, Barcelona: Debolsillo, 2003.

5. Marx, K. y Engels, F., *op. cit.*, p. 30.

6. *Ibid.*, p. 29.

7. “Simón Bolívar y Ponte”. En Marx, K. y Engels, F., *Materiales para la historia de América Latina*, México: Cuadernos de Pasado y Presente, 1987.

2. El materialismo dialéctico y el modo de producción asiático

Estas reflexiones sobre la sociedad oriental dieron origen al concepto de “modo de producción asiático” que será retomado, extendido y, en ocasiones, dejado de lado en posteriores escritos del propio Marx, de Engels y otros continuadores⁸. Recordemos. En el corpus marxista, como en el prefacio a *La contribución a la crítica de la economía política*, se ensayan varias definiciones del modo de producción asiático. Este se sitúa fuera de la secuencia de etapas históricas “occidentales” que irían del esclavismo al feudalismo. La ortodoxia del materialismo histórico lo define por ciertos rasgos: la ausencia de propiedad privada; la aldea comunal como unidad básica de producción; la existencia de un poder estatal despótico que deriva su poder de la tributación, el manejo de las obras públicas y la guerra; y, finalmente, su inmovilidad, que viene dado por una suerte de hipertrofia del Estado, en la figura del soberano despótico, y la consecuente inexistencia de una sociedad civil.

En cierto modo, el modelo de producción asiático parece romper con la linealidad del modelo de evolución de la historia del marxismo clásico, pues se le situaría en un lugar indeterminado entre en el esclavismo y el feudalismo, o quizás más bien como un curso posible y alternativo de la historia. Esto ha llevado a algunos críticos a saludar el concepto positivamente, como un posible intento por entender otras lógicas sociales no europeas. Bryan S. Turner, sin embargo, muestra hasta qué punto la noción del modelo de producción asiático se elabora como una categoría negativa para en realidad explicar el feudalismo europeo y el tránsito al capitalismo. Es decir, en dicha noción opera la lógica que Said explicara en su momento y que dio origen al “orientalismo”: la invención de una identidad negativa para afirmar la propia, como lo podemos ver en el siguiente cuadro.

Contraposición de los modelos de producción feudal y asiático

Modelo de producción feudal	Modelo de producción asiático
<ul style="list-style-type: none"> • Estado débil • Sociedad civil pujante • Movilidad 	<ul style="list-style-type: none"> • Estado fuerte • Sociedad civil precaria • Inmovilidad

Así, en realidad, este “otro” del desarrollo histórico pretendería confirmar el protagonismo de Europa y el estancamiento oriental. La noción del modo de producción asiático muestra más bien la incapacidad del materialismo histórico de lidiar con el colonialismo y otras lógicas históricas externas a Europa. Por ello, no es casualidad que Marx proponga no su superación dialéctica, sino su simple abolición.

3. El marxismo latinoamericano: de indios y proletarios

Se podría afirmar que la miopía marxista respecto a la periferia colonial es herencia de las limitaciones de su época y que habría quedado superada en un pensamiento social e histórico contemporáneo mucho más reflexivo y libre de los mecanicismos del materialismo histórico ortodoxo. Sin embargo, los supuestos eurocéntricos del historicismo marxista han resultado ser más persistentes de lo que se pudiera suponer y han sido asumidos por muchos historiadores de izquierda, aun entre aquellos más insignes, lúcidos y heterodoxos, a la hora de explicar los procesos históricos latinoamericanos.

Un caso emblemático lo constituye un clásico de la historiografía centroamericana, publicado en 1970 y que marcó un verdadero hito en la comprensión de los procesos históricos de la región. Me refiero al justamente celebrado estudio *La patria del criollo*, del guatemalteco Severo Martínez Peláez⁹. Es este

8. Para una exposición del pensamiento marxista sobre el tema ver Turner, B. S., “Asiatic Society”. En Botto-more, T., Harris, L., Kiernan, V. G. y Milliband, R. (eds.), *A Dictionary of Marxist Thought*, Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1983, pp. 32-36.

9. Martínez Peláez, S., *La patria del criollo, ensayo de interpretación de la realidad guatemalteca*, México: Fondo de Cultura Económica, 2003.